

ÍNDICE

Prefacio	9
Esta noche es Nochebuena.....	13
Llévate al muchacho, Julián.....	19
La caza	29
La señora Evangelina	35
Tengo la cabeza llena de nubes.....	37
¿A dónde llevarán estos caminos?.....	39
Belita.....	47
Dejad que los niños se acerquen a mí	55
Tu padre ya se ha ido.....	57
Eclipse	63
Banderita, tú eres roja	69
La Muda y el Jorobao.....	81
Intermezzo	87
Cuando se tiene, se da.....	89
Otra vez Belita (Isabel).....	97
La noche en llamas	105
¡Ea!	117
¡Qué barbaridad!.....	123
Cuando es de noche	127
Josefina.....	129
No habrá dolor ni muerte	131
La angustia de la iguana.....	133
El Paraíso de los que no creen	139
Portero de noche	145
Las llaves de mi casa	151

A mi padre, que se murió siendo niño.

Y a mi madre.

PREFACIO

No conozco otra patria que mi infancia.

Agustín Cortés

Cu-cú, cantaba la rana

ESTA NOCHE ES NOCHEBUENA

El gato abría de vez en cuando los ojos para mirar a mi padre, a mi madre o a mí. El Negro dormitaba sobre su estera, al lado de mi padre. El vaho que empañaba los cristales de la ventana se había ido transformando en gotitas de agua. Fuera, la niebla se aplastaba contra los cristales. Había caído sobre el pueblo al anochecer, difuminando los últimos rayos de sol y los ruidos de la tarde.

Yo estaba sentado en el taburete de madera, con las manos extendidas hacia el fuego. Mi madre, sentada frente a mí, desplumaba las perdices. Mi padre, sentado entre nosotros dos, terminaba de reatar el pellejo de liebre en torno a la boca del cántaro. Cuando terminó de construir la zambomba, exclamó:

—¡Es grande y cojonuda!

Luego echó mano a la botella y volvió a beber un largo trago con los ojos clavados en el techo. Su nuez bajaba y subía, dura y afilada, por el perfil de su cuello.

—No irás a tocar ahora ese cacharro —dijo mi madre, sabiendo que iba a ser así.

—Esta noche es Nochebuena y se toca la zambomba —dijo mi padre sin mirarla.

—¡Estás borracho! —le espetó mi madre.

Mi padre volvió a beber. Luego escupió sobre la palma de su mano derecha, se acomodó el cántaro bajo el sobaco izquierdo, agarró la caña y empezó a frotarla, arriba y abajo.

Mi madre dejó de desplumar la perdiz y se lo quedó mirando. Mi padre había abierto las piernas y frotaba la caña enhiesta sobre el pellejo de liebre, canturreando y contoneando la espalda al ritmo de su brazo.

—¿No te da vergüenza? ¡Tú no respetas ni lutos ni nada! —casi le gritó mi madre.

Entonces mi padre dejó de tocar, se me quedó mirando y me dijo con frialdad:

—Vete a la cama ahora mismo.

Sus ojos duros le brillaban.

—No; que vaya a ver si duerme la niña —dijo mi madre.

Y luego, haciéndome un gesto con la cabeza:

—Anda, ve con ella.

«Eres un sinvergüenza», fue lo último que le oí decir antes de meterme en la habitación donde dormía Josefina. Luego oí solo sollozos, y la voz ronca de mi padre que maldecía.

Dejé entreabierta la puerta de la habitación para que entrara algo de la claridad de la cocina. Josefina dormía. Le quité despacio el chupete de la boca, y de sus labios apretados comenzó a resbalarle un hilo de saliva. De repente empezó a mover los brazos. Temí que se despertara y empezara a llorar. Le coloqué de nuevo el chupete, le aparté las ropas, la tomé en brazos, me senté en la cama de mis padres y comencé a acunarla. Mi madre me tenía prohibido que la cogiera en brazos: yo tenía ya seis años, pero era flaco, de hombros estrechos y piernas y espalda torcidas.

El gato entró en la habitación. Se acercó a la cama, enarcó el lomo y de un salto silencioso y ágil se encaramó a los pies de la cuna, donde se enroscó para seguir durmiendo. Yo seguí acunando a Josefina. Comencé a susurrarle, muy bajo, para que solo ella pudiera oírme, la canción de la rana, repitiendo la única estrofa que sabía, «cu-cú, cantaba la rana», una y otra vez, como si la magia de los

primeros versos, «cu-cú, debajo del agua», condensara un enigma que yo aún no conocía. Josefina dormía de nuevo profundamente.

Seguí acunándola todavía un rato, hasta que empecé a sentir frío en la espalda. Mi madre ya no sollozaba, ni mi padre tocaba la zambomba. Volví a meter a Josefina en la cuna, cogí el gato y volví a la cocina.

Al verme, confundiendo en la penumbra el bulto blanco del gato en mis brazos con Josefina, mi madre lanzó un grito, tiró al suelo la perdiz y se abalanzó hacia mí. El gato, al oír el grito, se me escabulló de un salto con un maullido y se perdió por la negrura de la casa. Al darse cuenta de su error, mi madre se quedó parada en mitad de la cocina, se llevó las manos a la cara y se puso a sollozar moviendo a los lados la cabeza y agitando todo el cuerpo. Mi padre se levantó de un salto, se echó sobre mí y empezó a zanzarme mientras me decía:

—¡Que te he dicho que te vayas a la cama!

Mi madre entonces me arrancó de entre sus manos:

—¡No se va! ¡Se queda aquí conmigo!

Y me arrastró hasta su silla, me hizo enroscarme sobre sus sayas y siguió sollozando sobre mi cabeza.

Mi padre salió entonces al corral dando un portazo, seguramente a mear, porque cada vez que se cabreaba salía y se estaba allí horas y horas con el pijo al aire de pie sin hacer nada.